

ASPECTOS HUMANISTICOS DE HANS ZINSSER *

DR. J. J. IZQUIERDO
Académico de número

EN LA RECIA PERSONALIDAD de Hans Zinsser (1878-1940), aparte de las facetas que reflejan su interés como hombre de ciencia, se descubren las correspondientes a sus actividades históricas, filosóficas y literarias, que son merecedoras de tanta atención como las primeras, no sólo porque las ejerció con igual distinción, sino porque para iniciarse tuvo que decidirse a contrariar prejuicios profundamente arraigados en su medio, que según su pintoresco modo de expresión,¹ puesto en términos equivalentes de nuestro modo corriente de hablar, sostenían: que por mucho interés que pudieran tener los especialistas científicos en asomarse por encima de las trancas de sus corrales, deberían abstenerse de rebasarlas.

De ahí que cuando se disponía a preparar su famoso libro sobre *Ratas y piojos en la Historia* (1935), según el mismo lo refiere en dicho libro, cierto crítico desde luego lo conminó con las siguientes palabras:² "Cómo podrá una persona que ha gastado su vida en cultivar bacterias; en inocular cuyes, conejos, ratones, perros y monos; en andar por los más sucios rincones del mundo, para estudiar las epidemias; en capturar ratas en los sótanos de otros países; en desinfectar, desempiojar y fumigar; en andar viendo erupciones

* Leído el 30 de mayo de 1956.

y espiando por gargantas y otras aberturas del hombre y de los animales; en estar criando piojos, chinches, pulgas y garrapatas, y en estar examinando esputos, sangres, orinas, materias fecales y aguas de drenaje, cómo —repetía dicho crítico— será posible que dicha persona, tras de no ser todo un hombre de ciencia, ni tener nada de artista, pueda realizar con éxito lo que sólo un artista puede hacer. Bien está que siga usted espiando el mundo de fuera por el ojo, no de una, sino de una docena de cerraduras, y usando de la escalera para espiar por encima de la barda; pero ¡qué dese quieto con relación a las cosas que no ha manejado! Saque la cabeza por la ventana de su laboratorio, y vea el mundo que pasa; pero si se le ocurre escribir, retírela, y escriba para el *Journal of Experimental Medicine*, pues de lo contrario, ¡acabará por perder la poca reputación que tiene!”

Zinsser, sin embargo, no comprendía por qué habría de negarse a un hombre la capacidad de juzgar de las cosas de un arte, tan sólo porque sabía algo de ciencia; ni mucho menos, por qué sólo habría de reconocerse capacidad para hacerlo a quienes sólo tienen tiempo para leer después del desayuno. Comprendía que una solución adecuada de estas cuestiones sólo podría lograrse sobre la base de puntualizar previamente qué diferencias son las que existen entre la ciencia y el arte. Pero renunció a todo intento de buscarlas, al recordar que en las continuas guerras que se han hecho humanistas y antihumanistas —a las cuales de paso agregaremos la que dichos grupos se vienen haciendo entre nosotros— de tal suerte han corrido parejos el encono y la falta de ciencia con que se han atacado los dos bandos, que por ello siempre se han olvidado de la cuestión fundamental por ventilar. Por lo mismo, sin más, decidió lanzarse al campo, basado en la simple consideración de que el mínimo de literatura que podría saber no era de menor cuantía que lo que de ciencia saben los críticos literarios.

Fue primer fruto de su nueva actividad ese magnífico libro suyo sobre *Las ratas y los piojos en la historia*,³ de cuyas páginas proceden los puntos de vista que acabamos de repasar. Por medio de dicha obra logró poner de relieve, en forma magnífica, que el tifo, asunto de sus preocupaciones de muchos años, ha sido poderoso factor determinante, no sólo de la suerte de las naciones, sino del surgimiento y de la caída de las civilizaciones. Realizó la gran tarea, a sabiendas de que corría el riesgo de por ella ser tenido en menos como bacteriólogo, por coterráneos suyos para quienes todo especialista científico debe estar pegado a las tareas de su oficio, “como piojo sobre lomo de cerdo”,⁴ sin otros intereses adicionales permitidos que el golf, la pesca o el bridge.

En 1940, y cuando Zinsser ya sabía que no le quedaban más que unos cuantos meses de vida, apareció su segundo y último libro: *As I remember him*,⁵ que no era sino su autobiografía, escrita en tercera persona, con relación a su *alter ego* romántico R. S. (Romantic Self).

Ya en otro lugar⁶ me he referido al contenido entre las páginas 437 y 443, en las cuales Zinsser nos revela uno de los aspectos más hondos de su personalidad, al referirnos los pensamientos y reacciones que se sucedieron en él, a partir de una apacible tarde en que oyó de labios de un colega que cierto decaimiento físico que había resentido desde fechas recientes era causado por mal incurable y que en breve, ineludible plazo, habría de segar su vida: ¡leucemia! Refiere Zinsser que entonces quedó como anodado, contemplando a través de una ventana las apacibles escenas de la calle, y que ya fuese por el efecto sedante que éstas le causaron, como también por algo que su amigo le dijera, sintió como si la amenaza de muerte próxima produjera en su mente una especie de reajuste, que le hacía repasar su vida con mayor nitidez y con sentido más amplio y profundo.

En los días que siguieron, descubrió que su sensibilidad para las cosas más sencillas se hallaba exaltada, y que se le presentaban acrecentadas, cosas que anteriormente le habían pasado casi inadvertidas. Cuanto ocurría en su derredor, y aún en su interior, se le ofrecía ahora con claridad sin precedente y provocaba en su mente y en su sentimiento nuevas y poderosas resonancias, seguidas de evocaciones de novedosas asociaciones de ideas. Gracias al nuevo modo de sentir, que calificó de "otoñal", le pareció que podía repasar de modo más cabal las huellas ciertamente indelebles, pero incompletas, del pasado; aunque sin por ello sentir el "dolor de recordar los tiempos felices", como Francesca da Rimini en el canto V, 121-123, del dantesco *Inferno* (*Nessun maggior dolore, che ricordarsi del tempo felice nella miseria*). Sus recuerdos tendían más bien a promover, por igual, tanto su ternura por las gentes que había amado, como su afecto y más cálida comprensión, por aquéllas cuya amistad, de uno u otro modo, se había enajenado. Volvió a leer por entonces, los libros que más le habían impresionado en las diversas etapas de su vida, y los encontró más llenos de sabiduría, de sentimiento y de intención.

Las meditaciones sobre su nueva situación promovieron en Zinsser pensamientos que bien comprendía que, en otro, hubieran sido tomados como probatorios de la dualidad del cuerpo y del alma. "Sigo siendo el mismo de siempre, se decía. Exaltada mi sensibilidad; fortalecidos mis afectos, y más ágil y despierta que nunca mi mente, por fin logro tener más

clara perspectiva del mundo; mayor aprecio y comprensión para mis semejantes; idea más clara de lo que debo hacer, y más exacta noción de la proporción de mis trabajos dentro del campo de la ciencia. Puedo decir que he alcanzado una etapa de más firmes sentimientos y de más sano entendimiento, sin por ello haber experimentado más cambio, que una especie de destilación de mí mismo, para dar *un yo más concentrado*. Pero a cambio de todo esto, me hallo de tal manera sujeto al cuerpo, que su próxima muerte será al mismo tiempo mi extinción. De hallarme sobre un caballo que se rompiera una pata o la nuca, o sobre un barco al que empezara a entrarle agua —agregaba— con pasarme a otro en buenas condiciones, podría ya seguir adelante. Pero ¿qué hacer, cuando mi mente, mi espíritu, mis pensamientos, mis afectos, y todo lo que soy, está tan indisolublemente ligado a las decadentes condiciones de mis órganos, a los cuales ciertamente no culpo de que me abandonen, pero sí encuentro ridículo que en su ruina tengan que llevarme de paso?”.

A pesar de tan semisarcástica forma de contemplar su situación, Zinsser, sin llegar a formular la menor protesta, encontró preferible que fuera el cuerpo, y no la mente, lo que primero se le deteriorara. Se preguntó si podría encontrar fortaleza en la consciente entrega a alguna fe religiosa, como había visto hacerlo a amigos suyos muy íntimos, y aun a hombres de mucha mayor talla que él, pero le pareció que si ellos lo habían hecho, había sido por una especie de capitulación, cuando sus mentes ya estaban agotadas por el sufrimiento.

Mayor confortamiento creyó hallar en seguir contemplando las cosas con resignación ajustada a sus pautas de incertidumbre agnóstica, que aunque ajenas al concepto corriente de Dios, no fueron óbice para que, de día en día, se fuera compenetrando más y más de la sabiduría y de los altos valores, éticos y filosóficos, de la caridad cristiana. Y a fuerza de sentir a la muerte cada vez más próxima, Zinsser acabó por agradecer que sólo se le acercara con previo aviso, y de modo gradual.

Antes, cuando en el curso de su azarosa existencia había estado en peligro de morir repentinamente, por accidente, por violencia, o por enfermedad aguda, había pensado que cualquier forma de extinción rápida e inesperada era la más piadosa. Pero ahora, con agradecimiento reconocía cuánto mejor había sido tener temprano aviso de muerte, tanto para componer su espíritu como para disfrutar de algunos meses de grata y afectuosa asociación con sus seres más queridos.

Fiel expresión de las alturas de suave y filosófica resignación que entonces alcanzó fue el siguiente, pequeño postrer poema, en el cual, tan sólo unos meses antes de morir, supo volcar en bellas formas, toda la hondura de su tragedia rematada en suave paz.

HOW GOOD THAT 'ERE THE WINTER COMES, I DIE!

Now is death merciful. He calls me hence
Gently, with friendly soothing of my fears
Of ugly age and feeble impotence
And cruel desintegration of slow years.

Nor does he leap upon me unaware
Like some wild beast that hungers for its prey,
But gives me kindly warning to prepare:
Before I go, to kiss your tears away.

How sweet the summer! And the autumn shone
Late warmth within our hearts as in the sky,
Ripening rich harvests that our love had sown.
How good that 'ere the winter comes, I die!
Then, ageless, in your heart I'll come to rest
Serene and proud, as when you loved me best.

Un poeta nuestro, que tenía realizadas muy hermosas versiones de Longfellow, a quien mostré este soneto de Zinsser, a raíz de su muerte, me prometió verterlo al castellano, pero no llegó a poner manos a la obra tanto porque con los años había ya perdido el brío poético, como, más principalmente, porque felizmente no estaba en condiciones de vibrar con la nota dominante del poema. No esperaba el que habla que con el correr de los años, al volver a leerlo cuando tenía aún vivas las huellas de muy penosos sucesos, y encontrarle nuevo sentido, habría de ser él quien vibrara con tan honda emoción que, a pesar de no ser poeta, habría de sentirse movido a preparar la siguiente versión:

BIEN ESTARÁ MORIR, SIN VER DE INVIERNO AMAGOS

La muerte, generosa, me trata con clemencia,
pues aunque ya me llama, disipa mis espantos
por la vejez horrible y la extrema impotencia
que engendra, lento y cruel, el correr de los años.

En vez de fiera hambrienta que me aceche en la sombra,
para, desprevenido, poder causarme daño,
amiga es cariñosa, que me pide no parta
sin dejar enjugado con besos vuestro llanto.

Tibio ha sido el verano, y calor el otoño,
por cielo y corazones, tanto fuego ha irradiado
hasta dorar la mies del amor que sembramos;
qué bien será morir sin ver de invierno amagos;
pues así, en vuestros pechos, al encontrar reposo,
seguiré siendo amado como cuando era mozo.

Desea el autor que su versión, además de constituir su devoto homenaje a la personalidad de Zinsser en sus aspectos científico y humanístico, alcance a promover emulación y consuelo entre los que sufran anonadados, ya sea por la inminencia de su propia pérdida, o la de sus seres queridos, o por las prevaricaciones y traiciones con que la vida suele corresponder al amor, a la confianza y a la amistad.

REFERENCIAS

1. Zinsser, Hans. 1935. *Rats, Lice and History*. Being a Study in Biography, which... deals with the Life History of Typhus Fever. Boston. Printed and Published for The Atlantic Monthly Press by Little, Brown and Company. Pág. 14.
2. *Ibid*, págs. 17-18.
3. Véase 1.
4. *Ibid*, Prefacio, pág. ix.
5. Zinsser, Hans. 1940.
6. Izquierdo, J. J. 1955. *El Poema del sabio resignado ante la muerte*. Cuadernos Americanos, tomo 84, núm. 6 (noviembre-diciembre), págs. 155-159.

RESUMEN:

Se presentan los aspectos humanísticos de Hans Zinsser, expresados en sus producciones literarias, y su actitud filosófica ante la muerte.

Fue objeto de duras críticas, sin embargo, el primer fruto de esa actividad fue: su magnífico libro "Las Ratas y los Piojos en la Historia".

En 1940, Zinsser sabía que sólo le quedaban unos meses de vida, pues su organismo había sido presa de la leucemia. Es entonces cuando escribe su segundo y último libro: "Como yo lo recuerdo" que no es sino su autobiografía.

El conocimiento de su mal lo dejó anonadado, y mirando a través de la ventana, tal vez por las apacibles escenas de la calle que le causaran efecto sedante, o por algo que le dijera su amigo, sintió como si la amenaza de la muerte próxima produjera en su mente una especie de reajuste, que le hacía repasar su vida con mayor

nitidez y con sentido más amplio y profundo. Todo tomó un nuevo sentido y en su interior se despertaban los sentimientos con nuevas y poderosas resonancias. "Puedo decir", escribe, "que he alcanzado una etapa de más firmes sentimientos y de más sano entendimiento". Zinsser, sin formular la menor protesta, encontró preferible que fuera el cuerpo y no la mente lo primero que se deteriorara; y unos meses antes de morir nos deja, en poema, toda la hondura de su tragedia, rematada en suave paz.

SUMMARY:

The human side of Hans Zinsser is presented by reviewing his literary works and philosophical attitude towards death.

Though harshly criticized his first literary contribution is his magnificent book: "Rats, Lice and History".

Stricken with leukemia, in 1940 Zinsser realizes that he has only a few months of life left. It is then that he writes his second and last book, an autobiography called, "As I remember him".

Stunned by the realization of his fate, one day while looking out of his window and observing the tranquil scene or due to the words expressed by his friend Zinsser he experiences a readjustment of his past. His whole life takes on a different meaning as new sentiments arise from within him. He speaks forth, "I can now say that a deeper emotion and a greater understanding is now mine." Without protesting Zinsser gladly accepts that his body deteriorate before that of his mind. A few months before his death he leaves with us a poem expressing his deep thoughts.

La muerte nos lleva a la calma y el profundo sueño de que gozábamos antes de venir al mundo.—CICERÓN.

Nada existe después de la muerte; la misma muerte no es nada.
CICERÓN.

El último día no nos trae la extinción, sino sólo un cambio de lugar.
CICERÓN.

Hay por todas partes incontables caminos que conducen a la tumba.
CICERÓN.